

¿JUEGA DIOS A LOS DADOS?
RESEÑA DEL LIBRO
EL GOBIERNO DE LA FORTUNA,
DE JUAN ANTONIO RIVERA

LUIS DE FUENTES LOSADA*

Datos de la obra:

Título: «El gobierno de la fortuna»

Autor: Juan Antonio Rivera

Editorial: Crítica, Barcelona, 2000

Colección: Filosofía

Número de páginas: 412

¿PODEMOS PREDECIR EL FUTURO
O ÉSTE ES ARBITRARIO Y ALEATORIO?

El *determinismo científico* afirmaba orgulloso que el estado del Universo en un momento dado determina su estado en cualquier otro; luego conocido el estado del Universo en algún momento del pasado, podría predecirse el futuro y viceversa, conocido el futuro, podría deducirse lo que había sido el pasado.

Con el advenimiento de la *Teoría Cuántica* se redujo a la mitad lo que uno podía predecir, pero aún dejó una correspondencia directa entre los estados del Universo en diferentes momentos. El *Principio de Indeterminación* de Heisenberg demuestra que no se puede medir a la vez exactamente la posición y velocidad de una partícula, sólo se puede predecir con certidumbre una combinación de posición y velocidad.

(*) Técnico Comercial y Economista del Estado.

Por tanto, ¿Cómo puede predecirse el futuro cuando no se puede medir exactamente las posiciones y velocidades de las partículas en el instante actual?

Stephen Hawking, con sus estudios sobre los agujeros negros dio el segundo hachazo: El vacío está realmente formado por pares de partículas y antipartículas; si hay un agujero negro cerca, uno de los componentes del par podría deslizarse dentro, dejando al otro componente sin compañero y nos encontraremos con el mismo estado del Universo fuera del agujero independientemente de lo que haya sido arrojado dentro, a condición de que tenga la misma masa; por lo que perdemos irremisiblemente la información que ha caído dentro; por tanto, ya no hay una correspondencia exacta entre el estado inicial y el final, ya fuera del agujero negro. Esta pérdida de información implica que podemos predecir incluso menos de lo que sostiene la Teoría Cuántica: No podemos hacer ninguna predicción concreta, ni siquiera en términos probabilísticos, acerca de la partícula que absorbe el agujero negro y sobre la que queda desaparejada.

Einstein rechazaba la incertidumbre cuántica y afirmaba que «Dios no juega a los dados». Estaba equivocado, el azar importa mucho más de lo que creemos y este libro trata de ello.

Juan Antonio Rivera, a lo largo de 412 densas y amenas páginas, demuestra cómo el azar influye muy poderosamente en nosotros desde la explicación de la evolución y el origen del hombre sobre la Tierra hasta la esfera intra-individual, pasando por los espacios supra e Inter-individuales.

Como afirma el paleontólogo S.J. Gould, no hay nada inevitable en el hecho de que estemos aquí. El Universo se creó hace 15.000 millones de años, la Tierra se formó hace 4.500-5.000 millones de años; el *Homo Sapiens* lleva aquí sólo un 0,0001% de la Historia de la Tierra. Somos terriblemente afortunados por estar aquí, como seres vivos y, sobre todo, por ser la única especie en apreciarlo.

PERO, ¿CÓMO OPERA EL AZAR?

El *enfoque de la dependencia de la senda*, nos enseña Rivera, ilustra la incidencia crucial de los accidentes históricos en las rutas evolutivas de los individuos, organizaciones, tecnologías o sociedades. Explica la evolución divergente de estos *sistemas complejos adaptativos* (capaces de ganar o perder estructura o complejidad) con un punto de partida similar.

Cuando diversas tecnologías o instituciones compiten, la mera contingencia histórica puede dar lugar a pequeñas ventajas iniciales, a un cierto equilibrio –no necesariamente el óptimo– de entre los múltiples existentes que, al interactuar con los *mecanismos de autorrefuerzo*, puede decantar el resultado final a su favor.

Los mecanismos de autorrefuerzo son *las economías de escala*; *Las externalidades de red* o ventajas adicionales que recibe un consumidor cuando otros compran bienes con la misma tecnología o compatible (VHS versus Beta) o los productores al aglutinarse en «clusters»; *Los efectos de aprendizaje*, así, el teclado Qwerty, siendo inferior a otros, no es sustituido por éstos por no gastar esfuerzos los usuarios en aprender esa nueva habilidad; *Las expectativas adaptativas*, que generan predicciones autorrealizadoras y, finalmente, *la participación multitudinaria descentralizada* que, al ser múltiple, descoordinada e inconsciente en cuanto a los resultados globales, desincentiva la modificación de posturas individuales, una vez adoptadas.

Los resultados son, en estos casos, impredecibles, no superiores u óptimos y con rigidez estructural, una vez decantado un equilibrio, por lo que no hay garantías de que ese fenómeno social ya cristalizado tenga consecuencias beneficiosas para los individuos implicados.

Lo que sí podemos afirmar es que esos *efectos agregados emergentes* son *subproductos colectivos* o resultados colaterales no intencionados de lo que estamos haciendo. Paradójicamente, las más importantes instituciones de una cultura son subproductos colectivos, como el derecho o el mercado, que emergen inintencionadamente a partir de los micromotivos que guían las interacciones humanas.

LA SOCIEDAD ABIERTA Y SUS ENEMIGOS: LA TENTACIÓN TOTALITARIA

Ante la eventualidad de que este *orden espontáneo* así generado pueda ser subóptimo, se ha tratado, ya desde Platón, de convertir en otro deliberada y conscientemente construido.

La forma más extrema de ingeniería social totalitaria es el *comunismo*, que pretende infundir una racionalidad más completa al devenir histórico que, ya sabemos, genera instituciones impredecibles, no necesariamente óptimas y estructuralmente rígidas. Se pretende llegar a una meta colectiva deseada; para ello es necesario negar la multiplicidad de fines y aspiraciones individuales y encauzarlas hacia

ese único fin colectivo. Así, se construyen sociedades cerradas, en la terminología de Popper, aunque colateralmente se llegue a la alienación del hombre –la negación y supeditación del individuo y su libertad en aras de la consecución de altas metas, quinquenalmente diseñadas por la nomenklatura, ya saben, los cerdos de Orwell que siempre son más iguales que los otros– los gulags soviéticos, los genocidios camboyanos, las hambrunas coreanas y, esta vez sí, la creciente miseria del proletariado en el paraíso socialista.

La *socialdemocracia* es otra forma de intervencionismo más descafeinada, no se trata tanto de lograr ciertas metas colectivas deseadas o utópicas como de evitar algunos resultados indeseables o ineficientes, emergidos del orden espontáneo; en esto se ha basado la justificación de la intervención estatal, aunque lo que suele pasar es que agrava más los problemas que intenta solucionar.¹

La *postura liberal* –la menos intervencionista y más respetuosa con el individuo, la que más prosperidad ha generado en las sociedades y la más ferozmente criticada por la «progresía»– al negar la existencia de equilibrios subóptimos (salvo el argumento de la industria naciente y el monopolio natural) no justifica la intervención del Estado más allá de la defensa, justicia, policía y obras públicas.

Hayek piensa que la sociedad es un orden espontáneo, no diseñado por ninguna mente individual y, en consecuencia, no responde a los designios de ningún grupo, por poderoso que sea. Afirma radicalmente el individualismo metodológico; los únicos productores de acciones humanas son los individuos, no los grupos sociales.

¹ En este sentido, la Política Agrícola Común (PAC) es el paradigma del intervencionismo en los mercados, de la ineficiencia económica y de los subproductos indeseables. La PAC perjudica al consumidor, al impedir comprar al precio más barato; perjudica a los productores del Tercer Mundo, al impedirles, con las barreras arancelarias, vender sus productos en el Primero; genera excedentes que, o son desnaturalizados –con el consiguiente derroche de recursos–, o peor, son vendidos subvencionados a los países en desarrollo; así, en Nigeria es más barata la leche holandesa que la propia, que se deja de producir. Ni que decir tiene que los gastos de almacenamiento de los excedentes, la desnaturalización y la desgravación fiscal a la exportación los paga el consumidor/contribuyente de la Unión Europea. Inexplicablemente, los movimientos antiglobalización todavía no se han percibido de ello en su combate con la Organización Mundial de Comercio, que quiere eliminar esas barreras, y, por otro lado, todos los políticos están muy preocupados del incierto futuro de estos pueblos, salvo cuando negocian la partida presupuestaria de la PAC, que absorbe el 40% del presupuesto comunitario en beneficio del 3% de la población europea.

En este sentido, Hayek es un evolucionista cultural porque cree que el orden social espontáneo es, en gran parte, resultado de un proceso evolutivo. El hombre se adapta a los nuevos hechos contingentes de su entorno mediante el sometimiento a normas² que se adoptaron inintencionada y espontáneamente, comprobándose *a posteriori* que eran buenas para el grupo.

Para Hayek esas normas también están sometidas a un proceso de selección, de prueba y error,³ y las que hayan probado ser eficaces (eficacia medida por su contribución a la supervivencia, crecimiento y expansión del grupo humano) permanecerán y, probablemente, serán imitadas por otros grupos.

Frente a aquellas sociedades cerradas o de fines se oponen las sociedades abiertas o de medios, en las que no se fijan fines colectivos sino normas comunes que mejor permiten a los individuos alcanzar sus objetivos privados, generándose colateralmente los órdenes espontáneos, las instituciones sociales.

Además, las sociedades abiertas admiten holguras para que los individuos respondan con *eficiencia adaptativa* y agilidad –gracias a la descentralización– a las contingencias que se presenten, a diferencia de las sociedades cerradas que, al perseguir una meta juzgada como ideal, caen en el inmovilismo, perdiendo la agilidad necesaria para adaptarse a las circunstancias no previstas.

Por tanto, la Historia discurre, como avanza Demócrito, entre el puro azar y la necesidad (cada acontecimiento explica los siguientes y es explicado por los anteriores pero no de una forma lineal sino de acuerdo con el modelo de dependencia de la senda); luego, la concepción progresista de la Historia es falsa, como ya demostró Popper en «*La miseria del historicismo*» y la imperfección de diseño es necesaria para posibilitar la adaptación y, con ella, la historia futura.

² Normas que, lejos de ser órdenes o mandatos coactivos, se entienden como leyes generales (aplicables a todos por igual) y abstractas (sólo establecen un amplio marco de actuación individual sin prever resultado concreto alguno del proceso social). Así, Hayek opone *legislación* (órdenes y mandatos administrativos y coactivos que emanan del órgano director –democrático o no–) frente a *derecho*. En la medida en que se impone la primera desaparece el segundo.

³ Son los denominados *procesos de retroacción negativos* que pueden ayudarnos a salir de situaciones subóptimas y pasar a otras mejores.

ORDEN EN LAS NORMAS COMUNES Y DESORDEN
EN LOS FINES PRIVADOS SON LAS DOS CONDICIONES
NECESARIAS PARA UNA SOCIEDAD MEJOR

¿Qué tipos de azar existen?

Podemos distinguir, con Rivera, cuatro tipos:

- *Azar natural*: El mismo hecho de ser concebido y ser viable, pasando por nuestro sexo, inteligencia o potenciales enfermedades vienen determinadas, no se si por mucho tiempo, por el azar.⁴
- *Azar social*: Nacemos en una época, cultura, sociedad y familia no elegidas, podrían haber sido otras: Sin embargo, podemos escapar, aunque sea parcialmente, a ese fatalismo a través de la voluntad en las sociedades abiertas que permiten la movilidad social.
- *Azar eventual*: Son aquellos acontecimientos contingentes que no dependen de nuestras características personales o del entorno socio-cultural. La que consideramos, por ejemplo, mujer u hombre de nuestra vida no deja de ser alguien que azarosamente se cruzó en nuestro camino vital y con el/la que establecimos lazos afectivos y amorosos; resulta ser, no siempre, la persona ideal de la corta muestra aleatoria simple que la vida nos ofrece, pero no el *óptimo optimorum* que exige

⁴ Elster alega tres razones para justificar la elección azarosa de los genes de nuestros hijos frente a la elección racional que es, en sí misma, totalitaria: 1) Protección de la dignidad humana: Con el azar se preserva el derecho del embrión a ser tratado como un fin en sí mismo y no como un instrumento de los fines de sus progenitores. 2) La existencia de efectos agregados perversos: El azar en el nacimiento proporciona una combinación óptima de hombres y mujeres. La brutal –por genocida– selección china del sexo, que fomenta el asesinato de las niñas gracias a la política de un único hijo, ha alterado dramáticamente esta proporción natural en ese país. Además, la hiperselección Huxleyana de la raza llevaría a la depauperación del acervo genético de la especie, ya que, si todos pudiéramos optar, elegiríamos hijos, con lo que quedaríamos más expuestos a las contingencias futuras. 3) Impediríamos la existencia de subproductos (resultados que sólo se logran inintencionadamente) si solamente nacieran niños concebidos racionalmente. Sólo a partir de los años setenta, los altamente tecnificados y escasamente civilizados países nórdicos abandonaron tanto la eliminación sistemática de los *nasciturus* deformes como la castración no consentida de los ya nacidos. Estos argumentos no niegan, por otro lado, la ingeniería genética «socialdemócrata» orientada a la detección precoz de enfermedades y malformaciones genéticas hereditarias o su curación.

conocer el universo poblacional, lo cual es imposible. Igual que éste, existe un cúmulo de hechos azarosos y contingentes que tienen unos efectos cruciales en nuestras vidas.

- *Azar endógeno*: Lo inintencionado, una vez producido, se convierte en azar endógeno para los mismos que lo produjeron y para los que les sucedan.

Azar y racionalidad. Búsqueda y descubrimiento

Una vez definido el marco de actuación, podemos acotar las ideas principales de la *Teoría de la elección racional* que, como hemos visto, es perversa en el ámbito supraindividual y en otros ámbitos hasta ahora regidos por el azar, como la elección de los genes de nuestros hijos, pero que resulta un óptimo condicionado en los ámbitos inter e intra-individual.

En el modelo de elección racional, propio de la teoría neoclásica de pensamiento económico, el individuo, definido como *homo oeconomicus*, se encuentra inmerso en un proceso continuo de búsqueda de información que se supone completa, instantánea y sin costes. En este sentido, el consumidor tratará de hacerse con aquella cesta de bienes que maximice su utilidad, sujeto a su restricción presupuestaria. Por su parte, el empresario tratará de hacer máximo su beneficio en el proceso productivo sometido también a su restricción presupuestaria. Así se logran una producción, distribución y consumo que son óptimo paretianos de nivel superior. Es un equilibrio estático, no hay incentivos a alejarse del mismo y cualquier alteración del mismo implica pérdidas de bienestar.

Sin embargo, la realidad es muy distinta. El hombre no solo busca sino que también descubre,⁵ como matiza y desarrolla Israel Kirzner. Así, el descubrimiento es un subproducto, se obtiene azarosamente

⁵ De acuerdo con Rivera, cuando buscamos, ignoramos algo y a la vez sabemos que lo ignoramos. El descubrimiento es, numerosas veces, *serendípico*, casual; solamente una vez efectuado el descubrimiento caemos en la cuenta de que no sabíamos que no sabíamos. Partíamos de una ignorancia desconocida. En el descubrimiento hay un componente intelectual de sorpresa que no existe en la búsqueda. A estos efectos, se encuadra la distinción de F.H. Knight entre *riesgo* (asociado a la búsqueda, que admite la asignación de probabilidades a los diferentes resultados posibles) e *incertidumbre* (en la que no es posible asignar probabilidades a los distintos resultados posibles que pueden ser desconocidos *a priori*).

en un proceso que está orientado hacia otros fines; por tanto, no tiene coste de oportunidad como la búsqueda. Así, el descubrimiento depende de la buena suerte y de la perspicacia del descubridor,⁶ que observa y se aprovecha de lo que otros no saben ver.

Esta conciencia de lo ilimitado e impredecible de nuestra ignorancia socava los principios de la elección racional: Realmente escogemos en la vida sin conocer todas las posibles cestas potencialmente elegibles; escogemos sobre la base de una muestra aleatoria simple, no sobre el universo poblacional. Además, desarrollamos, lógicamente, una predilección sobre los bienes que, fortuitamente, tenemos más a mano. La satisfacción de nuestras necesidades a través de estos bienes nos desanima a seguir explorando otras posibles cestas potencialmente más satisfactorias.

Por tanto, el concepto de *eficiencia óptimo paretiana* se ve matizado por el de *eficiencia adaptativa*, entendida como capacidad creativa que mezcla la búsqueda de lo anticipable con el descubrimiento de lo inanticipable y es el marco social de la competencia el que más favorece dicha eficiencia adaptativa.

Así, nos podemos preguntar con Rivera: *¿Es racional actuar siempre racionalmente?*

Al margen de las supersticiones y las creencias religiosas (que han servido para combatir el azar y la indefensión ante los hechos, no siempre, incontrolados) hay ocasiones donde la elección racional descansa precisamente en el uso de mecanismos aleatorios de decisión. Así, cuando nos debatimos entre dos decisiones iguales de buenas o malas no es irracional decidir echándolo a suertes; también, cuando una decisión más ajustada comporta costes informacionales considerados excesivos; o bien si las preferencias no son conmensurables (por ser incompletas o realizarse en un entorno de incertidumbre) o porque sea imposible repartir equitativamente un bien sin que éste sufra una merma considerable de su valor (el dilema de Salomón).

⁶ En este sentido, más que elegir pareja de entre una corta muestra aleatoriamente seleccionada, sería mejor enfocar el asunto como un descubrimiento, como un subproducto que se obtiene azarosamente en la persecución de otros fines y donde la buena suerte y la perspicacia del sujeto juegan un papel importante.

La vida como juego

Salvados estos casos, en el resto, y por lo que se refiere a las relaciones interpersonales, el comportamiento racional es el adecuado. Puesto que los comportamientos estratégicos son los más habituales tanto en las decisiones empresariales como en las puramente interpersonales, por ejemplo en las relaciones de pareja –siempre estamos negociando–, la *Teoría de Juegos* es un instrumento muy útil en la toma de decisiones.

Un comportamiento estratégico es aquél en el que, a la hora de tomar decisiones, se tiene en cuenta no solo la propia función de utilidad/producción sino también la probable decisión que tomará el otro jugador. La conjunción de ambas decisiones determinará el resultado final. Cuando no se reconoce la interdependencia entre los jugadores y es un juego de suma cero, la solución final es un equilibrio de Nash, una situación subóptima y estable, no hay incentivos para modificar ninguna de las decisiones.

Sin embargo, tras n iteraciones en un juego en el que los participantes reconocen su interdependencia, la aleatoriedad de los primeros resultados puede verse sustituida por la imposición de la voluntad de uno de los jugadores y, a partir de ahí, comienza a operar la dependencia de la senda: Existiendo inicialmente equilibrios múltiples y siendo impredecible el resultado en las primeras iteraciones, una vez decantado ese resultado, fruto de la imposición de la voluntad de una de las partes, no hay garantías de su superioridad, se vuelve estructuralmente rígido y prácticamente irreversible.

Las externalidades de red convierten un liderazgo concreto en otro generalizado, pudiendo degenerar en una dialéctica amo-esclavo, en un liderazgo totalitario que no es satisfactorio ni para el esclavo –que ve anulada su capacidad de elegir– ni para el amo, que desprecia la sumisión del esclavo.

Sólo las relaciones libres, equilibradas, entre iguales, basadas en el respeto y en las normas de convivencia, son satisfactorias para las partes

Pasando, finalmente, al plano intra-individual se pregunta el autor:

¿QUÉ ES LA FELICIDAD? ¿QUÉ ES LA BUENA VIDA?

La búsqueda deliberada de la felicidad está condenada al fracaso porque la felicidad, como anuncia Elster, es un subproducto, se obtiene inintencionadamente en la persecución de otros fines. Además, las más de las veces, la felicidad no se muestra como un estado sino como una situación, es efímera. Ello es consecuencia de la distinción entre *placer y comodidad*: El placer se logra en el paso de una situación incómoda a otra que no lo es que, una vez producida, desaloja al placer. Es más, si nos instalamos en la comodidad originamos frustración, si una vez habituados a los bienes adquiridos nos vemos amenazados o privados de ellos.⁷ Conforme envejecemos preferimos más comodidad y menos placer, nos aburguesamos.

Por ello, una vida mejor no es una vida aburguesadamente inodora, incolora e insípida; debe basarse tanto en la buena voluntad como en la corrección moral (la asunción de restricciones o normas en el trato con los demás que definan los derechos mutuos).

Así, con estas premisas, vamos eligiendo sendas en la vida; caminos que forman un *árbol de decisión vital*: Al elegir, cegamos otras posibles rutas vitales en el deseo de que la elegida sea la que proporcione más felicidad. Sin embargo, elegimos en un ambiente de incertidumbre: No conocemos ni las consecuencias últimas de las decisiones adoptadas ni las de las opciones rechazadas. Por no saber, no sabemos todas las opciones posibles, ni todas aquéllas que nos pueden proporcionar felicidad; elegimos de entre las opciones que, social y culturalmente, se nos ofrecen como deseables.⁸

Una vez que, modestamente, hemos acotado nuestro rango de elección, Juan Antonio Rivera se pregunta:

⁷ Por eso, Buda enseña el camino de la iluminación, del crecimiento espiritual y de la liberación del sufrimiento. Este camino comienza con la renuncia al deseo, ya que si no se obtiene el objeto deseado hay infelicidad, y si se consigue, existe la ansiedad por su posible pérdida.

⁸ Rechazamos cultural y apriorísticamente opciones tales como la antropofagia, el incesto, la poligamia, la poliandria o el suicidio. Son tabúes de *nuestra* cultura.

¿CÓMO ORIENTARSE EN ESTA ESPESA TRAMA
DE DECISIONES POSIBLES TENIENDO PRESENTE
QUE NUESTRA INFORMACIÓN SOBRE LAS CONSECUENCIAS
DE CADA ELECCIÓN ES TAN LIMITADA?

En la pág. 255 y siguientes el autor afirma que el individuo desarrolla, a lo largo de su vida, preferencias éticas, que son preferencias acerca de las preferencias reveladas en nuestra conducta, son *meta-preferencias*, la destilación que resulta una vez que se ha formado el gusto moral, que está constituido no tanto por lo que me gusta sino por lo que me gusta que me guste (quiero que me guste Bach).

Así, podemos definir la buena vida como el conjunto de metapreferencias concretas sobre lo que queremos querer y cuándo queremos que comience a orientar nuestra vida (metapreferencias intertemporales). Las personas no solo eligen su conducta, sino que también eligen –cuando se mueven en el nivel constitucional de decisión– las restricciones a las que voluntariamente sujetarán su propia conducta en el porvenir, es *la constitución moral de la persona*.

El *autoperfeccionismo compulsivo* (imponerse metas especialmente exigentes y duras que llevan a una rutinización completa de la existencia y la pérdida de la espontaneidad vital) y la *debilidad de la voluntad* (en la que las preferencias de primer orden se imponen a las metapreferencias: se es esclavo de las pasiones) son dos formas de traicionar las metapreferencias temporales: En la primera, el individuo concede un peso al futuro superior al que él mismo puede sostener; en la segunda, la conducta efectiva del individuo revela una orientación al presente superior a la anhelada.

El débil de voluntad, para no perder el norte de las metapreferencias, acude a *técnicas de precompromiso* como los *expedientes extrapsíquicos* (cuyo objeto es limitar, mediante restricciones físicas o sociales, el conjunto de oportunidades de elección futura, eliminando las opciones tentadoras, así Ulises se ató al mástil del barco para evitar naufragar acudiendo al canto de las sirenas).⁹

⁹ Así, a nivel supraindividual, los políticos sensatos, conscientes tanto de sus propias debilidades como de las de los funcionarios frente al creciente gasto público, limitan constitucionalmente el porcentaje tanto del déficit como de la deuda pública respecto al PIB. Otro ejemplo sería el Protocolo de Kyoto, acuerdo mundial (excepto USA y Australia) para preservar la capa de ozono, básica para la protección de la especie humana de los rayos ultravioleta y, a mi juicio, inexora-

Por tanto, los deberes morales son subsidiarios respecto a las meta-preferencias, se autoimponen para proteger los fines del plan de vida, el programa de obtención de las metapreferencias. Los deberes morales no prescriben acciones concretas sino hábitos racionales, algunos voluntariamente escogidos, otros impuestos por otros, por ejemplo, los adquiridos en la infancia y que se reconstituyen como voluntarios, aceptados, en la fase constituyente de la personalidad.

Por tanto, si en la escala supra e interindividual, la imposición de metas a los otros era totalitaria o caíamos en la dialéctica amo-esclavo –concluyendo que lo racional era dejar en libertad a los particulares para fijarse sus objetivos privados, dentro de un marco de reglas común–, en el plano intraindividual, la fijación de metas se entiende en la concepción de vida como empresa, como esfuerzo de aunar todos los recursos disponibles para el logro de los fines vitales propuestos.

El plan de vida racional

La virtud moral intraindividual, afirma Rivera, no se alcanza directamente, proponiéndosela uno como meta, sino que es un subproducto de la realización de tareas concretas, la persecución de la excelencia (la educación sistemática y exigente de algún recurso innato) es muy eficaz en el logro de la virtud moral. La excelencia requiere la formación de hábitos, que son a los individuos lo que las instituciones a la sociedad.

Por tanto, tomando una explicación gráfica de Buchanan y Tullock, la *constitución moral óptima*, sería aquella que reduce al mínimo la suma de costes morales (o pérdida de autoestima caso de fracasar en la consecución de las metapreferencias) y los costes psicológicos (derivados de la compulsividad –o flagelación por el fracaso en el logro de la autodisciplina– y pérdida de espontaneidad, o el vicio de desarrollar hábitos racionales para todos los actos).

blemente deteriorada por las emisiones de CO₂, subproducto indeseado del desarrollismo cortoplacista, basado en el petróleo, de los últimos 100 años. Tácticamente no tiene objeción; estratégicamente, la apuesta debe ser la inversión masiva y coordinada en I+D para lograr un uso rentable y seguro de la fusión nuclear, fuente inagotable, casi gratuita y muy escasamente productora de residuos radioactivos.

Sin embargo, el plan de vida racional no es único para una persona; la ordenación no es total, puesto que existe ignorancia sobre algunos posibles planes y otros están vedados social y culturalmente y, finalmente, no conocemos las consecuencias últimas del plan elegido; es decir, también operan los azares natural, socio-cultural y eventual.

Además, la elección del plan de vida está sometida a unas condiciones mínimas: 1) Que no sea tan fácil, que el superarlo se vuelva una tarea aburrida y que no sea tan difícil, que acabe originando frustración. 2) Que sea constitutivamente bueno,¹⁰ que no solo parezca sino que sea sentido bueno por el individuo. 3) Que respete la libertad y el mismo derecho de otros a desarrollar sus propios planes de vida; sería moralmente inaceptable aquel plan de vida edificado sobre la comisión por el individuo de injusticias.¹¹

¿CÓMO DEBEMOS ABORDAR, POR TANTO, EL TEMA DE LA JUSTICIA?

Buchanan propone que en el ámbito colectivo, en su nivel constitucional, se eligen las reglas del juego social; en el nivel postconstitucional, se deja libertad a los agentes para que elijan los cursos de acción que maximicen sus fines y que serán siempre lícitos siempre

¹⁰ Desde la perspectiva liberal, no podemos afirmar que ciertas metapreferencias sean intrínsecamente mejor que otras; el liberal no hace juicios de valor condicionantes de los fines ajenos, sólo exige que sean respetuosos con los fines de los demás, un marco común de convivencia; a diferencia del socialdemócrata, que se inmiscuye continuamente en los fines individuales, juzgándolos y condicionándolos. Así, si considera que el tabaco es perjudicial, no sólo le grava con impuestos excesivos (más del 80% de su valor), sino que, además, limita su consumo, hasta extremos absurdos y asfixiantes: el camionero por cuenta ajena, que no el autónomo, tiene una sanción administrativa por echarse un cigarrillo en la cabina, puesto que es su centro de trabajo. Éste no es más que un ejemplo más del pensamiento único que aspira a adocenarnos, a que perdamos el sentido crítico; otros ya piensan sobre lo mejor para nosotros. Pan y circo, nada nuevo bajo el Sol.

¹¹ Sin embargo, como sugiere Rivera, no podemos supeditar la confección de nuestro propio plan de vida racional a la erradicación de las injusticias que existen en la sociedad y que no son causadas por nosotros; la distribución de los recursos y de otros bienes sociales primarios depende de mecanismos supraindividuales ciegos; el aunar multitud de voluntades para hacerlo es de difícil e incierto éxito y su sustitución por acciones colectivas deliberadas tendentes a un mejor reparto ha acarreado en el pasado multitud de consecuencias inesperadas y fatídicas. Aquí se pueden reproducir, a título de ejemplo, los argumentos en contra de la PAC, que tiene como primer fin garantizar las rentas de los agricultores.

que no contravengan las normas comunes; como dichas normas son subproductos colectivos, Buchanan concluye que ese resultado se puede considerar como emergido de una decisión constitucional, que le legitima.

Rawls, por el contrario, enjuicia a las instituciones sociales según su propio criterio de equidad y justicia: Una institución será justa, y por tanto legítima, cuando sea la que maximice la posición del peor situado en la escala social, en un contexto de incertidumbre total sobre la posición futura de todos los individuos en dicha sociedad. Primacía de lo justo sobre lo bueno. La justicia supraindividual confiere derechos preservadores de la dignidad del individuo, son derechos moralmente previos a las personas. La justicia, para Rawls, no consiste tanto en el reparto directo del bienestar como en el reparto de los *medios generalizados* (los bienes sociales primarios) para alcanzarlo; será el individuo y no la sociedad, el responsable de la gestión que haga de esos recursos y del fin que les de.

El poder político no puede erigirse en responsable de la felicidad de los ciudadanos porque, con ello, no solo está coartando la libertad individual, sino que también se enfrenta a una tarea imposible: ¿Cómo satisfacer los gustos ofensivos o los gustos dispendiosos de algunos que conducen a un reparto desigual de los recursos?

En la moral privada, por el contrario, la concepción del bien que tenga el individuo, dada por sus preferencias morales, es la que fija su normativa interna.

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN A MODO DE MANTRA

Este magnífico libro nos deja una serie de enseñanzas que conviene repetirse mentalmente, como los mantras budistas, para acotar el ámbito de la racionalidad e inmunizarnos de la tentación totalitaria:

- No podemos soslayar la importancia capital que ejerce el azar, bajo sus distintas formas, en nuestra vida.
- Elegimos en un ambiente de incertidumbre: No conocemos ni las consecuencias últimas de las decisiones adoptadas ni las de las opciones rechazadas. Por no saber, no sabemos todas las opciones posibles, ni todas aquéllas que nos pueden proporcionar felicidad; elegimos de entre las opciones que, social y culturalmente, se nos ofrecen como deseables.

- Muchos acontecimientos e instituciones sociales e interindividuales siguen el enfoque de dependencia de la senda: Existiendo inicialmente equilibrios múltiples y siendo impredecible el resultado en las primeras iteraciones, una vez decantado ese resultado, no hay garantías de su superioridad, se vuelve estructuralmente rígido y prácticamente irreversible. Estos *efectos agregados emergentes* son *subproductos colectivos* o resultados colaterales no intencionados de lo que estamos haciendo.
- En el plano social, hemos afirmado que el orden en las normas comunes, basadas en la noción de justicia de medios no de fines, y desorden en los fines privados son las dos condiciones necesarias para una sociedad mejor. Sociedades abiertas frente a cerradas. Las sociedades abiertas son las que mejor permiten cierta movilidad social, gracias al esfuerzo y afán de superación de los individuos. Los ensayos de ingeniería social son totalitarios, reducen, sin excepción, la libertad individual y en su versión extrema, la comunista, llevan, irremisiblemente, al desastre social y a un infinito sufrimiento humano.
- Las sociedades abiertas, las únicas que garantizan la libertad del individuo; permiten cierta negociación entre libertad y un cierto grado de igualdad hacia los más desprotegidos. El objetivo a maximizar es la libertad sujeto a la restricción de la protección de los más desamparados.
- En el plano interindividual, por su lado, solo las relaciones libres, equilibradas, entre iguales, basadas en el respeto y en las normas de convivencia son satisfactorias para las partes. Si pretendemos imponer metas a los otros en el plano interindividual caemos en la dialéctica amo-esclavo.
- En el plano intraindividual, la fijación de metas, o plan de vida racional, entendido como la persecución de la excelencia (la educación sistemática y exigente de algún recurso innato) es muy eficaz en el logro colateral de la virtud moral. Además, es el camino para la conquista de mayores grados de libertad personales y la condición necesaria para la exigencia de los sociales a los políticos.